

Recuerdos de su labor en la ópera, el teatro y el cine:

Zeffirelli, un genio habitado por la belleza

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

Vivió en “la bottega del Rinascimento” (el taller del Renacimiento). Para recordar a Franco Zeffirelli (1923-2019) tenemos su obra y, en su amada Florencia, la imponente fundación que lleva su nombre y que alberga salas llenas de esa fascinación que supo provocar: fotos, filmes, diseños de vestuario y escenografía que demuestran que él sí sabía cómo hechizar al público.

Fue un “director-autor” que conducía a sus actores hasta en los menores gestos y que sabía cómo generar atmósferas —evocadoras, sensuales, contemplativas, trágicas, fantasmales, feéricas— desprendidas del carácter de los textos. “Era mi decorador de interiores”, comentó alguna vez Luchino Visconti, de quien Zeffirelli dijo haberlo aprendido todo, a quien amó y con quien colaboró en “Bellissima” (1951), “La terra trema” (1952) y “Senso” (1954).

“Con los actores, (Zeffirelli) es paciente e hipnotizante, como una serpiente: los rodea, los empuja, los provoca, siempre de manera persuasiva, y después los encierra en su espectáculo. Pero la jaula siempre es de oro”. (Rusconi, en “Giorgio Albertazzi al magnetófono”)

El suyo fue un genio en el que coincidieron

amor absoluto por las artes, conocimiento profundo del teatro y un afán obsesivo por recorrer, poseer y plasmar la belleza. Todo eso, marcado por su homosexualidad, que enarbolaba sin ambages aunque odiaba la palabra ‘gay’, término que consideraba obsceno; su férreo catolicismo (fue muy cercano al Papa Paulo VI), y su abierto anticomunismo. Esto último le trajo enemigos entre los críticos dentro y fuera de Italia, que solían despreciar su trabajo. Él respondía diciendo que las grandes lacras del cine eran la política, el sexo y la violencia.

Zeffirelli puso rostros del siglo XX a “Romeo y Julieta” (con Olivia Hussey y Leonard Whiting, en 1968), a Francisco y Clara de Asís (“Hermano Sol, hermana Luna”, 1972) y a los protagonistas de los Evangelios (“Jesús de Nazareth”, 1977). Filmó una “Traviata” paradigmática, con Teresa Stratas (1982), y legó a la posteridad el “Otello” de Plácido Domingo (1986). Tampoco se pueden olvidar “La fierrecilla domada” (1967), “Hamlet” (1990), “Jane Eyre” (1996) y “Té con Mussolini” (1999).

Shakespeare estuvo en primer lugar, pero también Schiller, Chéjov, Tennessee Williams, Edward Albee. No se olvidarán su recordada escenografía para “Troilo y Cressida”, en los jardines de Bóboli, dirigida por



Franco Zeffirelli hizo en 1966 la película documental “Per Firenze”, en la cual describía con emoción la histórica inundación que afectó la ciudad.

Visconti y donde actuaron Vittorio Gassman y Marcello Mastroianni (1949); “Romeo y Julieta”, que dirigió en el Old Vic londinense, con Judi Dench (1960); “La loba”, de Giovanni Verga, en Florencia, con Anna Magnani (1965); “Tosca” (Puccini), con Maria Callas, en Londres (1965); “Hamlet” (1964), en Londres, con Giorgio Albertazzi como el príncipe danés; ni su “histórica” “María Estuardo” (1983), con Rossella Falk y Valentina Cortese. Cristina Gallardo-Domâs fue Mimí en su puesta en escena de “La Bohème” para la Scala de Milán (2003), y Verónica Villarreal, encarnó a Nedda en su “I Pagliacci”, en Washington (1997).

Su último trabajo fue estrenado el viernes 21 de junio en Verona: una nueva “Traviata”, que lo ocupó durante años, como revelan sus hijos adoptivos Pippo y Luciano. Quedaron en el tintero un filme sobre el “Infierno” de Dante; otro sobre la vida y obra de los Medici; un “Rigoletto” previsto para 2020 en Omán, y una película continuación de “Hermano Sol, hermana Luna”, acerca de la predicación de San Francisco entre los árabes, que Zeffirelli había titulado “Tres hermanos”, a propósito de una frase del santo que, estando reunido con el sultán Al Malik y con el judío Nathan, dijo: “Somos tres hermanos, nutramos nuestras almas con el mismo pan”.

FUNDACIÓN FRANCO ZEFFIRELLI